

La figura de Joaquín Xirau

Por Emilio URANGA

Joaquín Xirau murió, víctima de un trágico accidente, el ocho de abril de 1946. Revivimos hoy, públicamente en esta revista, el recuerdo de un maestro de nuestra Facultad de Filosofía y Letras que, en la intimidad de muchos, discípulos o amigos, no ha dejado, ni por un momento, de estar vivo.

"Parece que la fatalidad hubiera querido herir a una paloma", me dijo el día de su muerte don Alfonso Reyes mientras nos movíamos esperando penosos trámites legales en un sórdido patio de la Cruz Roja. Y así fue en efecto. Joaquín Xirau: de su figura emanaba una pureza superior. Ante su presencia huían los malos espíritus y quien compartía su trato se franqueaba el reino de lo pulcro. En su proximidad se sentía la bondad, una bondad expansiva y contagiosa. Todo lo transfiguraba con su sola aparición majestuosa, con su perfil de una serenidad imperial y bella. Ese rostro pidió siempre su lugar en una medalla, en un escudo.

Conocí a Joaquín Xirau una noche, en su casa, mientras celebraba su seminario de historia con un grupo selecto de discípulos. Sentí de inmediato que me hallaba ante una mente vigilante. Los menores matices de un pensamiento los registraba con una fidelidad casi mágica. Su mirada intelectual acogía y recogía las ideas, por extrañas que fueran, y se instalaba en ellas, para comprenderlas, con sorprendente familiaridad. Sabía adónde iba y nunca se equivocó. Adivinaba la sugerencia, deshacía el equívoco y forzaba el paso a la claridad. Nunca se impacientaba, nunca se extraviaba. Estaba enterado, por esencial constitución y vocación, de lo que un cerebro joven era capaz de albergar, y con certero instinto de sabueso del espíritu seguía los meandros de un pensamiento joven como si fuera el de su propio decurso. Es el único maestro de quien puedo decir sin restricciones que un joven jamás le sorprendía. Su agilidad, más que adolescente, no se detenía nunca. Hasta donde yo alcanzaba a ver, a pensar interiormente, creyendo que palpaba pura y privatisima intimidad, alcanzábame él, y se deslizaba insensiblemente hacia lo que yo juzgaba inéditos transfondos personales. En una palabra: el alma de sus discípulos le era transparente, nada se le ocultaba, dialogaba adecuadamente con ellos porque poseía el exquisito tacto de instalarse, sin molestar, en el meollo mismo de la persona. Por eso a su lado nunca se sentía soledad y por eso también su partida nos dejó a todos los que le amamos en una soledad incurable.

Se descansaba con confianza en su inteligencia y en su corazón, despertaba la convicción profunda de que ningún pensamiento por íntimo que fuera estaba condenado a morir por timidez, por balbuceo en la expresión, por la nebulosidad de intuiciones a medio hacer, y que las ideas, por más extravagantes o saltarinas que fueran, encontrarían en él a un juez favorable, a una mirada que sabría destacar de entre su tupida maleza un claro de utilidad y de derecho a la vida. Le amé con el corazón entero. El entusiasmo me desbordaba en su presencia, con él entraba al universo de lo cordial y de lo amable, y su proximidad siempre me conmovió. Lo respetaba hasta la exageración, con un algo que iba más allá de la admiración que le era debida y que él aceptaba con una sonrisa de niño y de padre venerable. En esta figura imperial y bondadosa vi un no sé qué de sagrado que nunca me pasó por las mentes profanar con regateos. Su recuerdo no me atrevo a tocarlo con gestos cotidianos, su influencia no la discuto en mi interior con desmenuzamientos: es un torrente que discurre desde entonces a mi lado y al que los años me han acostumbrado a escuchar como mensaje misterioso de otro mundo.

Para Joaquín Xirau la filosofía era, efectivamente, una epifanía del espíritu, un tránsito de los objetos a las razones y de aquí nuevamente a las cosas. El espíritu desfallece, pero nunca sucumbe; retrocede, momentáneamente, espantado ante la materia, pero al descender hasta las entrañas de las cosas, para encontrarles una razón o un motivo, vuelve a la carga para someterlas y rendirlas a su arbitrio; capricho del espíritu que es a la vez amor y orden. El idealismo alemán, con sus grandes figuras, pueden reclamar en la obra de Joaquín Xirau buenas porciones de inspiración, pero todas ellas, juntas, no sobrepasan a la que Leibniz tiene pleno derecho a reivindicar. La tradición filosófica alemana hincó hondamente su impronta en el maestro Xirau, aunque a su lado, y desde luego medularmente, la tradición latina, española y francesa, es decisiva.

La claridad, la precisión y el rigor lógico, cualidades por excelencia de ese mundo mental que iluminan Descartes y Bergson también eran suyas. Y si algo peculiar hay que destacar, como explicación de ciertas direcciones de su influencia en América Latina, es ésta su familiaridad con los tópicos de la filosofía científica francesa. A diferencia de lo que acontece con la obra de don José Ortega y Gasset, casi por entero dedicada a las ciencias culturales, las tendencias filosóficas de Joaquín Xirau estaban orientadas también hacia las ciencias naturales, con lo cual gozaba de un punto de contacto con el espíritu latinoamericano de que careció Ortega y Gasset.

Pero había en él todavía algo más. El pensamiento clásico, Grecia sobre todo, le era familiar y querido. Los que fuimos sus discípulos sabemos con qué insistencia y urgencia reclamaba una dedicación horaria a los textos clásicos, un cultivo intenso de las obras de Platón y de Aristóteles. Sin beataría historicista, podía recomendar el estudio del pasado, desatendiendo las inquietudes del mundo actual. En este sentido su educación era de cuño aristocrático, el contacto con el pasado no era para Xirau el desvanecimiento de una mente condenada, por el determinismo histórico, a no sobrepasar el momento de la vida y después a sólo sobrevivir en ociosidades de jubilado, sino la curiosidad de un espíritu que podía pasearse, a lo largo de todos los tiempos, sin temor de quedar mutilado por las excursiones.

El doctor Xirau, ¡cómo podríamos olvidarlo!, era fundamentalmente un español. Volvía y revolvía, textos y épocas, tratando de fijar ese momento en que España había perdido la dirección espiritual del mundo. Lo que destacaba en este siniestro giro era una cerrazón, una falta de generosidad: esto había perdido, y sigue perdiendo a España. El pensamiento inocente y confiado de un Luis Vives había dejado su lugar, sin remedio, a la amargura sepulcral de un Francisco de Quevedo. Algo se había quebrado en España, algo había fracasado, algo se había quebrantado y había que ponerlo de manifiesto sin miramientos. Pues cuando se volvía la mirada a la España pretridentina se respiraba un aire de alegre cruzada. Después, el espectador se sumergía en la lobreguez, en lo lúgubre. España había perdido su misión. El maestro creía percibir en todo movimiento entusiasta y revolucionario de América Latina el eco inconfundible de esa buena cruzada que España había traicionado. Por eso nos requería que volviéramos a la revisión de lo español, para refrescar en el agua de viejas fuentes la misión, la tarea salvadora, el entusiasmo.

Joaquín Xirau vino a México cuando su vida había sido ya gastada en provecho de su patria. Por eso procuraba la inconfundible sensación de quien vive alejado, prendido en otras tierras y a otras épocas. Él creía saber que aquí sólo estaba de paso, y sus anhelos retornaban a España sin poder ni por un momento disimular su nostalgia. Sus angustias, nunca gritadas, las ha dejado prendidas en frases incidentales de sus libros, de poca alzada, y que sólo la mirada educada de algunos de sus discípulos atina a pulsar. Pero existen y duelen. Algo había en su figura que dejaba barruntar lo que es la sabiduría, y con respeto casi temeroso se le oía y se le amaba. Pertenecía a la falange de los que no pueden ya aprender, de los que han dejado atrás las tareas de adiestrarse: él volvía jubiloso de la jornada cosechera del espíritu.

Lo recuerdo sonriente, comentando y animando, sin dar importancia a los tecnicismos, incitando a decir las cosas llanas y sencillamente, a llenarse la cabeza de ideas jugosas desprendidas apenas del lenguaje vulgar. Él me enseñó a expresarme, a su lado me habitué a decir los pensamientos sin las pedanterías del rigor académico. Por debajo de la jerga de los filósofos, Joaquín Xirau invitaba a encontrar la fórmula henchida de vena cordial y de agudeza. Esa filosofía palpitante que fue tan suya, "saignante" se me llega fresca y agitada a través de las páginas de sus libros. A los que no tuvieron la fortuna de conocerlo puedo asegurarles que de mucho se han perdido; y para terminar este artículo, me limitaré a decir que me tocó el raro privilegio de sentir, un poco a su lado, lo que debió ser una conversación en la vieja Grecia o en la gracia de una España humanista.